



Billy Preston, George Harrison, Ravi Shankar y Tom Scott, con el Presidente Ford y su hijo.

mentos más abismales: «Ding Dong; Ding Dong» es una canción estúpida, pero se ve eclipsada por la «parodia» de «Bye bye love»; no hay que conocer los detalles de la vida sentimental reciente de Harrison para apreciar lo risible de la interpretación.

Curiosamente, la pobreza del álbum es atribuible a las ambiciones materiales de George: el disco se grabó apresuradamente para coincidir con su gigantesca gira americana y beneficiarse de la publicidad consiguiente. El nuevo disco de Ringo Starr ni siquiera tiene esa excusa para disculpar su vulgaridad. «Goodnight Vienna» (EMI J 062-05762) pretende repetir la fórmula de «Ringo»: pasear al batería por un puñado de canciones variadas acentuando su simpática incompetencia como cantante, su imagen de bonachón y la lista de Gente Importante que le ayudan. Todo organizado por Richard Perry, productor de «rock» pasterizado para las masas.

Los participantes en «Ringo» no perdieron de vista el hecho de que

todo se trataba de una broma. Pero el LP produjo tres éxitos importantes y alguien empezó a tomárselo en serio. El resultado es que «Goodnight Vienna» es un producto grotesco, de sonrisa mecánica y humor de borracho. La broma que se convierte en pesadilla. Por ejemplo, me horroriza pensar que miles de personas conocerán «Occapella» como «una canción de Ringo», ignorando que Perry ha calcado el arreglo de Allen Toussaint y que Lee Dorsey, su intérprete original, languidece en Nueva Orleans.

Ringo no está preocupado en absoluto por cuestiones éticas de ese género. Actualmente se halla ocupado con su nuevo proyecto-juguete: una compañía de discos. El primer lanzamiento de Ring O'Records es una versión de su LP «Ringo» interpretada con el sintetizador, lo cual da una idea del nivel al que va a funcionar.

«Dark Horse» y «Goodnight Vienna» no tienen otra razón de existir que el hecho de que los dos «artistas» formaran parte de un gran

grupo en los años sesenta; el que ambos discos se vendan en cantidades importantes es un síntoma preocupante. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

MUSICA

Un «producto socialmente útil»: La Orquesta de Filadelfia

En la última semana de mayo hemos tenido ocasión de presenciar las triunfales actuaciones de la Orquesta de Filadelfia en Toledo y Madrid. Según se desprende del programa de presentación de esta agrupación norteamericana, hemos de agradecer la visita a la feliz conjunción de tres afortunados aniversarios: el 75 de la Orquesta, el 75 de su director, Eugene Ormandy, y, «last but not least», el 125 de una compañía de productos químicos que,

tras convertirse en «corporación multinacional» ha decidido que patrocinar la gira de la Orquesta de Filadelfia es la mejor «forma natural de dar énfasis al empuje de la firma en su crecimiento constante en el mundo entero». Lástima —y así lo reconoce el programa— que falte un año para el bicentenario de la independencia de los Estados Unidos; que si aquellos pioneros no se llegan a retrasar, el cuadro hubiera quedado completo.

Si añadimos a esto que los principales méritos de la susodicha Orquesta se resumen en ese mismo programa, mediante una serie de puntos que vienen a calificarla de pionera del sintonismo en los «mass media», podríamos hacer unas cuantas reflexiones acerca de la industria cultural. Pero hay que reconocer que esas reflexiones no harían sino repetir las que ya han dicho los Adorno, Horkheimer y demás, los cuales, por otra parte, no hicieron sino poner por escrito el diagnóstico de situaciones que hablan por sí solas.

El maestro Ormandy y sus diligentes pupilos han llegado hasta nosotros en cumplimiento de un propósito esencial de la citada multinacional: «Ofrecer productos socialmente útiles a través del uso eficiente de los recursos disponibles». Lo cual, pese a sonar muy sociológico, no deja de encoger bastante el ánimo, aplicado a una Orquesta sinfónica.

Que cumplió su cometido a la perfección,

por cierto. En primer lugar, porque Ormandy, a sus setenta y cinco años, está en plena forma, y se permite el lujo de recrear, como si fueran nuevos, sus «greatest hits». De sus dos actuaciones, la que realizó en la Catedral de Toledo fue, a mi juicio, la mejor. Ormandy comprendió inmediatamente las condiciones acústicas especiales del recinto y, amoldando a ellas la sonoridad, ofreció versiones rayanas en el preciosismo de los correspondientes «evergreens» de Haydn, Hindemith y Beethoven, para, al final, y de regalo, complacerse en una versión «sui generis» del Aria de la «Suite en Re», de Juan Sebastián Bach.

Pero lo más impresionante del éxito obtenido por Ormandy en Toledo es que se quedó pequeño al lado del que consiguió al día siguiente en el Teatro Real de Madrid. Los precios, astronómicos, no fueron obstáculo para que se aclamara un nuevo programa de grandes éxitos, con entusiasmos especiales para la «Segunda Sinfonía» de Brahms y el «Dafnis y Chloé», de Ravel. Las ovaciones fueron menores para la que, al menos para mí, fue la mejor interpretación de todas: la de «Las Fuentes de Roma», de Respighi. Pero resulta ocioso destacar unas cosas y postergar otras: al margen de los conceptos, discutibles siempre, Eugene Ormandy es un excelente director y, además, está en buen momento.

Júntese a todo ello que la agrupación de Filadelfia convierte en verdaderos todos los tó-

picos que existen sobre la Orquesta como instrumento colectivo, y resultarán explicables los buenos resultados de la empresa. No va a haber más remedio que reformular un conocido aforismo y concluir que lo que es bueno para la Orquesta de Filadelfia es bueno para las compañías multinacionales. ■ JOSE RAMON RUBIO.

CANCION

Horacio Guarany: Si se calla el cantor

Horacio Guarany, cantando en Madrid. Y pronto, seguramente, en muchos otros puntos de toda España, a juzgar por su prometedor éxito en la capital del reino. Guarany, un cantante argentino mítico y mitificado, dando cumplida muestra de las razones por las que ha llegado a ese estadio. Guarany, en fin, una personalidad joven y radiante enmarcada en el contexto físico de una presencia más que madura, cincuentenaria.

Autor de más de un centenar de canciones, con treinta LP's publicados en su Argentina, Guarany procede de la región india del Paraná, y no puede disimular su condición de descendiente de la brava raza autóctona de aquellos parajes, por más que su madre fuese, ni más ni menos, que española de pura cepa. Guarany es, al lado de todo ello, un símbolo de una generación de cantantes y músicos latinoamericanos, y aún más que un símbolo: un portavoz, un estandarte, que ya se ha

ACLARACION

En el número 661 de TRIUNFO, el artículo «La nueva solidaridad de los actores» incluía un error al hablar del cantante vasco Fernando Unsain. En el mismo parecía que Unsain había cantado una canción en castellano traduciéndola del euskera. En realidad, cantó en vasco traduciéndolo previamente el contenido de la canción, cuya letra pertenece a Azurmendi y cuya música es de Imanol.